

Lo tercero. *Guárdemonos de tomar escándalo.* "Estad atentos á vosotros mismos..." Estad atentos no solo para no ser sorprendidos del escándalo y para no darlo, sino tambien para que el escándalo no llegue á vosotros y no os sirva de ocasion de caída. No os imaginéis que una cosa sea permitida porque otros la hacen, ó que ella sea irrepreensible delante de Dios porque lo es delante de los hombres. La ley de Dios, el Evangelio, la conciencia, la Iglesia, estas son las que deben ser reglas para vosotros y no la práctica, la costumbre y la usanza del mundo.

PUNTO II.

SOBRE EL PERDON DE LAS INJURIAS.

"Si tu hermano pecare contra tí, repréndelo, y si se ha arrepentido perdónale; y si siete veces al día pecare contra tí y siete veces al día vuelva á tí, diciendo me arrepiento, perdónale..."

Lo primero. *De las ofensas que hacemos á los otros.* Estemos atentos para no ofender á alguno; pero si por viveza ó por inadvertencia le ofendemos, suframos que nos reprenda y escuchemos su correccion con humildad; si no nos reprende, reprendámonos nosotros mismos y reconozcamos nuestra falta; vamos despues á encontrarlo, digámosle que nos hiciera arrepentido y supliquemosle que nos perdone.

Lo segundo. *De las ofensas que los otros nos hacen.* Reprendámonos con dulzura á aquellos que nos ofenden, perdonémoslos en nuestro corazon, y luego que ellos se reconocen, asegúreles que nosotros los perdonamos sin que la multitud de sus recaídas causen nuestra paciencia y resfrién nuestra caridad.

Lo tercero. *De las ofensas hechas á Dios.* Quién es aquel hombre que siete veces al día venga ofendido, á quién se le pida perdon siete veces al día y que deba conceder este perdon? ¿quién es aquel que tenga una tan grande dulzura y que tenga ocasion de ejercitar una tan grande caridad? ¡Ah! Señor, sois vos, es vuestra divina caridad la que aquí manifestáis, y que queréis que venga ejercitada por vuestros apóstoles con los pecadores arrepentidos. De hecho, apenas vuelve á vos sinceramente y sabe decirnos esta afortunada palabra... *Yo me arrepiento*, vos todo lo olvidáis, vos todo lo perdonáis. Apenas os ofende ma reprendeis, apenas me arrepiento vos ma perdonáis. ¡Ay de mí! A cada momento os ofendo y mas de siete veces al día, y á cada momento vos estais pronto para perdonarme. ¡Oh dulzura inefable, oh bondad infinita! vos pedís de mí estas dos solas condiciones; que me arrepienta y que perdone.

PUNTO III.

SOBRE LA FE.

Lo primero. *De la disminucion y frialdad de la fe.* Y los apóstoles dijeron al Señor, acrecientanos la fe... Los apóstoles no habian sido reprendidos jamás de Jesucristo por haber faltado á la caridad; pero si, y bien frecuentemente, por haber faltado á la fe. Esto es por ventura lo que les hace decir al Salvador: *Acrecientanos la fe...* La fe es un don de Dios en su principio, en su aumento y en su perfeccion. Nuestros cotidianos pecados, nuestra disipacion y el contagio del mundo, no dejan de disminuir en nosotros la fe. Presentemente, acaso tenemos menos que en nuestra edad mas tierna; la disminucion de la fe insensiblemente hace que pequemos con mas frecuencia, mas gravemente y con menos dificultad. Esta disminucion nos hace perder el yugo del Señor, la virtud difícil, la frecuencia de los Sacramentos insipida y la práctica de la oracion y del recogimiento enfadosa y molesta. Avivemos pues, aquella poca fe que nos queda aun, y trabajemos para aumentarla.

Lo segundo. *Del aumento de la fe.* La fe se aumenta por medio de la oracion, de la instruccion y de las obras... Pidamos continuamente al Señor que aumente en nosotros la fe. Esta súplica de los apóstoles sea nuestra oracion ordinaria, principalmente en las tentaciones, en los disgustos y en las ocasiones de ejercitar una virtud que nos cuesta dificultad. Pero orando, trabajemos de nuestra parte para aumentar nuestra fe por medio de piadosos discursos, de buena leccion y de santas meditaciones.

Lo tercero. *Del uso de la fe.* "Y dijo el Señor, si tuviéreis fe, cuanto un grano de mostaza, diréis á este árbol de moras, desarráigale y trasplántate en el mar y os obedecerá..." Manera de hablar bien enérgica para exprimirnos la fuerza de la fe. No, sin duda no han hecho jamás los apóstoles uso de su fe para obrar tales maravillas inútiles y de ostentacion, ni esta era la intencion del Salvador, ni esto es el sentido de sus palabras. Mas los apóstoles confirmados en la fe, obraron otras maravillas mucho mas útiles y resplandecientes echando los demonios, curando enfermos y resucitando muertos. Con esto convirtieron el mundo entero y desarráigaron la idolatría que como precipitada en el fondo del mar, no ha vuelto despues jamás á aparecer. ¡Ah! Si tuviésemos fe, no habria en nosotros inclinaciones ni hábitos que no cediesen á nuestras órdenes y que no se desarráigaran hasta la última raíz para no brotar ya jamás. Esta es la fe que ha hecho triunfar los santos del mundo, de los tiranos y de sí mismos... ¡Ah! Hagamos uso de nuestra fe y triunfemos como ellos.

PETICION Y COLOQUIO.

Aumentadme á mí la fe, oh Señor y Salvador: ¿cómo dadme aquella fe viva que me haga tocar como con la mano las verdades de la salud; aquella fe ardiente que me saque fuera de la tibieza en que estoy y me haga abrazar valerosamente las máximas que ella me enseña. No os pido ya, oh Señor! aquella fe que ha hecho obrar prodigios á vuestros santos, sino aquella fe que los ha hecho santos; no aquella fe que los ha ilustrado á los ojos de los hombres, sino aquella fe que los ha hecho ser humildes, mortificados y enemigos de sí mismos, y finalmente aquella que los ha hecho agradables á vuestros ojos. Amen.

MEDITACION CCVI.

PARABOLA DEL SIERVO QUE HACE LO QUE DEBE.

S. Luc., c. XVII, v. 7, 10.

Consideremos: primero, el trabajo exterior; segundo, el trabajo interior; tercero, los sentimientos de este buen siervo.

PUNTO I.

DEL TRABAJO EXTERIOR DEL SIERVO BUENO.

Los apóstoles, cuya fe debia obrar grandes maravillas, tenían necesidad de una grande humildad para no gloriarse ni de sus inmensos trabajos ni de su éxito feliz. Por esto les propuso el Salvador una parábola muy propia para instruirlos y para instruirnos á nosotros mismos. Se trata de un señor que teniendo un siervo lo aplica al trabajo.

Primero. *Trabajo dependiente y mandado.* "Quién, pues, hay de vosotros (dice Jesucristo) que teniendo un siervo que ara ó hace de pastor, cuando vuelve del campo le diga, pasa luego, ponte á la mesa?... El señor ocupa al siervo como le agrada. El siervo hace la voluntad de su señor y no la suya. Si el señor lo envía al campo, va allá; si le manda labrar ó apacentar el ganado, lo hace... Este mundo es el campo del Señor y los hombres son su rebaño. Los apóstoles han trabajado y cultivado este campo, han conducido el rebaño y lo han apacentado. Toda su vida externa ha estado empleada en hacer en esto la voluntad de su Señor. Los hombres apóstólicos han recibido de Dios el mismo empleo; los pastores de la Iglesia, segun su grado, mas ó menos tienen tambien parte. Todos los hombres, de cualquiera condicion que sean,

son los siervos de Dios, él los ha puesto en este mundo para trabajar cada uno segun su estado y segun la voluntad de su soberano Señor. ¿Cómo cumplimos nosotros esta obligacion?

Segundo. *Trabajo penoso y enfadoso.* Trabajar la tierra, he aquí lo penoso; conducir el rebaño, he aquí lo enfiadoso; esto es lo que Dios mandó y á lo que fué condenado el hombre pecador. En cualquier estado que la Providencia nos coloque, hemos de trabajar siempre como pecadores para cumplir nuestra obligacion; si en nuestro trabajo encontramos dificultad, peso ó fastidio, guárdemonos de quejarnos ó de dispensarnos de él.

Tercero. *Trabajo asiduo y constante.* A la tarde solamente vuelve el siervo de la campaña, donde lo ha enviado su señor y donde ha trabajado todo el día, y si vuelve á la tarde, para tomar un poco de reposo, lo hace para volver al trabajo la mañana siguiente y continuarlo así todos los días. Tal debe ser la vida del hombre sobre la tierra, mientras que goza de sauidad. Debe continuamente ocuparse en un trabajo proporcionado á sus fuerzas, pero útil y serio, y trabajar así hasta la muerte. Tal es la voluntad de nuestro Señor; pero cómo la cumplimos nosotros? Nos pedirá de esto cuenta: ¿cómo nos traxará, pues, si al fin de nuestros días no tenemos que presentarle otra cosa que una vida pasada en las delicias, en el ocio, en la delicadeza ó en un trabajo que no era para él, que él no lo habia mandado y acaso que él lo tenia prohibido?

PUNTO II.

DEL TRABAJO INTERNO DEL SIERVO BUENO.

"Y no le diga antes bien, hazme la cena, prepárate y sírveme mientras como y bebo, y despues comerás tú y beberás..." Despues del trabajo externo de la campaña, le queda aun un trabajo interno y doméstico.

Primero. *Trabajo honroso.* El siervo que ha empleado sus atenciones en los bienes de su señor, debe tambien emplearlas por el mismo señor y servir al mismo. Los apóstoles despues de haberse empleado todo el día por las necesidades del prójimo, en las funciones del apostolado, pasaban buena parte de la noche con Dios en oracion. Despues de haber nosotros trabajado en el curso del día, para cumplir las obligaciones de nuestro estado, debemos antes de nuestro reposo, señalarnos un tiempo para atender á la oracion, para alabar á Dios, para darle gracias, para darle cuenta de nuestro trabajo, para pedirle perdon de nuestras faltas y la gracia de pasar mejor el día siguiente. Tambien por la mañana debemos fijar un tiempo semejante para ofrecerle nuestros homenajes, para pedirle su socorro y

ofrecerle nuestro trabajo. ¿Qué cosa hay mas honrosa para un siervo que servir de este modo á su Señor, que recibir sus órdenes, que entretenerselo con él?

Segundo. *Trabajo indispensable.* Sin este trabajo interno el externo es muy sospechoso. El siervo que tiene cuidado del bien de su señor y después rehusa servir á su persona, no cumple su obligacion, no puede agradar á su señor y muestra no amarle.... Guardémosnos bien que nuestro trabajo externo, aun cuando sea estimado de los hombres, aun cuando sea útil á otros, aun cuando sea para nosotros gravoso, nos impida servir á nuestro Señor, porque sería entonces nuestro trabajo de capricho, de inclinacion, de vanidad ó de necesidad, y no un trabajo de obligacion, que pueda agradar á Dios. Y si al trabajo externo de la accion unimos el trabajo interno de la oracion y la devocion, podemos esperar entonces haber cumplido con nuestro deber.

Tercero. *Trabajo recompensado.* Después de haber cumplido el siervo todas sus obligaciones dentro y fuera, en campaña y en casa, entonces le toca á él alimentarse y después tomar su reposo. Entonces justamente un alma fiel gusta la satisfaccion de haber servido á su señor, de haberle agradado, de estar en su gracia y de tener su aprobacion.... ¿Pero podemos nosotros oír estas palabras del Salvador.... "Comerás y beberás tambien tú" sin acordarnos del pan y del vino que él mismo nos ha preparado? ¡Oh alimento divino! ¡oh qué delicias gusta en él el alma! ¡oh digna recompensa de los trabajos de esta vida y prenda segura de una recompensa eterna!... Nosotros no nos reprendemos en cosa alguna tal vez sobre el trabajo externo; pero el interno cómo lo hacemos, cómo lo cumplimos? ¡Ah! olvidándolo no nos maravillamos: si no gustamos la dulzura del servicio de Dios y si no acercamos hasta la comunión sin fervor y sin devocion.

PUNTO III.

DE LOS SENTIMIENTOS DEL SIERVO BUENO.

Sentimientos de humildad. Jesucristo propuso justamente esta parábola, para establecer á los apóstolos en la humildad. Habiendo, pues, expuesto las obligaciones cumplidas por el siervo, pregunta el Salvador: ¿Por ventura debe dar gracias á aquel siervo porque ha hecho lo que le mandó? Pienso que no. Después añade: "Así tambien vosotros, cuando habreis hecho todo aquello que se os ha mandado, decid: somos siervos inútiles, hemos hecho lo que debíamos hacer...." No se tiene obligacion alguna al que nos da lo que nos debe; ¿de qué, pues, ensobrecernos? ¿por qué tener nosotros tanta satisfac-

cion y tanta estima de nosotros mismos, habiendo solamente hecho lo que se nos ha mandado? Dignos, pues, entonces con sinceridad, "Somos siervos inútiles...." *Servos inútiles respecto al cielo....* El éxito no solo en lo que mira á la salud del alma y á la gloria de Dios, sino tambien en todos los otros negocios que emprendemos, depende totalmente de Dios y á él se debe referir del todo. *Servos inútiles en orden á los medios.* Los medios que empleamos para procurar la gloria de Dios ó para otra cualquiera cosa, ¿no nos la ha dado por ventura Dios? El espíritu, los talentos, las fuerzas, la vocacion, las ocasiones, todo viene de Dios y á él pertenece. Finalmente, *siervos inútiles* en orden á la misma voluntad y al buen uso que hacemos de nuestra libertad. Esta buena voluntad no podemos nosotros darnosla á nosotros mismos, nos la da Dios. Sin el socorro de su gracia no podemos elegir el bien y huir y evitar el mal; si hacemos buen uso de nuestra libertad y nos determinamos al bien, lo debemos al socorro de su gracia. Por esto no solo debemos á Dios nuestros servicios, sino que de él reconocemos tambien el poder y el querer servirlo; por esto nuestro trabajo y nuestra fidelidad, nuestra exactitud y nuestros méritos son dones de Dios, y cuando nos recompensará nuestros méritos, recompensará sus propios dones. La humildad, pues, no está fundada sobre la mentira, sino sobre la verdad. Los mas grandes santos, mas fieles siervos de Dios, que mas han trabajado y mas han merecido, han sido los mas humildes y han reconocido mejor delante de Dios su inutilidad.... ¿Pero ay de mí! ¡Oh Señor! tengo tambien otros muchos motivos de humillarme. Bien lejos de poder decir que he hecho lo que debía, ¡ah! ¿cómo es posible que no pueda ser humilde después de haberos servido tan mal, después de haberos ofendido tantas veces, después de haber por tan largo tiempo quebrantado vuestra ley y resistido á vuestra gracia? Y con todo eso, hago de mí un gran concepto y quiero ser estimado. El mas mínimo indicio de desprecio, la mas mínima humillacion me saca fuera de mí mismo; una palabra, una falta de atencion, una cosa de nada me ofende, me turba, me irrita. ¡Oh Dios! ¿cómo pueden juntarse en mí tanto orgullo y tanta soberbia con tantos motivos para humillarme?

A estos sentimientos de humildad, que son el fin y el objeto de la parábola, añadamos aun estos dos, que ciertamente le son muy propios.

Primero. *Sentimientos de reconocimiento.* No, el Señor no tiene alguna obligacion al siervo por haber hecho lo que se le ha mandado hacer. ¿Pero cuán obligado no está el siervo á su señor por haberlo sacado de la miseria, recibiendo en su servicio y conservándolo en él?

Segundo. *Sentimientos de amor.* ¡Oh y cuántos da lo que nos debe; ¿de qué, pues, ensobrecernos? ¿por qué tener nosotros tanta satisfac-

servimos: ¿hay por ventura otro mas dulce, mas compasivo y mas misericordioso en sus recompensas?

PETICION Y COLOQUIO.

Si, ¡oh Señor! soy con mucha distancia, mucho mas vuestro que un esclavo; mi obligacion es de servirlo, en este encuentro mi provecho y mi gloria: vos podéis oír sin mi sin perder cosa alguna de lo que es vuestro; vos podéis exigir de mí todo cuanto soy y cuanto puedo sin deberme cosa alguna; pero es tal vuestra grandeza, es tal vuestra infinita misericordia, que quereis tener cuenta hasta de mis mínimos deseos de servirlo y de agradaros y quereis recompensarme como si todo me lo debieseis. ¡Qué exceso de bondad! Para merecerla todavía mas, ¡oh Dios mío! resuelvo duplicar mis esfuerzos y mis trabajos, pero sin cesar de mirarme siempre como un siervo inútil. Amén.

MEDITACION CCVII.

JESUS YENDO A JERUSALEN PARA LA FIESTA DE LA DEDICACION, SANA DIEZ LEPROSOS.

S. Luc., c. XVII, v. 11, 19.

Observemos, primero, la súplica de los leprosos. Segundo, su fe. Tercero, su reconocimiento.

PUNTO I.

SU SÚPLICA.

"Y sucedió que yendo á Jerusalem pasaba por medio de la Samaria y de la Galilea. Y entrando en una aldea le salieron al encuentro diez hombres leprosos, los cuales se pararon á lo lejos, y abarcan la voz diciendo: Maestro Jesús, ten piedad de nosotros...." Quiso Jesús comparecer aun otra vez en Jerusalem antes del último viaje que debía hacer para consumir allí su sacrificio. Dejó pues la Galilea, y después de haber recorrido esta provincia, atravesó la Samaria y entró en la Judea. Estaba para entrar en una aldea que acaso era la Betania, donde vivían Marta, Maria su hermana y Lázaro su hermano, que no estaba muy distante de Jerusalem, cuando diez leprosos, de los cuales nueve eran judíos y el décimo samaritano, estando informados de su pasaje se unieron para pedirle su sanidad. Observemos las calidades de su súplica.

Lo primero. *Súplica humilde.* Se paran lejos de Jesús y fuera del camino como ordenaba la ley á los leprosos.... Así tambien nuestra ora-

cion debe ser humilde y esta humildad debe nacer del conocimiento de nuestra indignidad.... ¿Quién soy yo delante de vos, ¡oh Dios de la santidad! sino un indigno leproso que no merece acercarse á vos? Toda mi vida no es otra cosa que una lepra; tantos pecados que he cometido, tantas faltas é imperfecciones en que caigo cada día, son otras tantas manchas que desfigurán mi alma, que la ensucian, que la hacen indigna de acercarse á vos. Me estoy, pues, lejos y aparte, reconozco mi indignidad, pero del fondo de mi miseria gritaré hácia vos, ya que me es aun permitido el implorar y esperar vuestras misericordias.

Lo segundo. *Oracion fervorosa.* Luego que los leprosos vieron á Jesús en una tal distancia de poderlos oír, alzarán la voz y se pusieron á gritar.... Gritaban porque estaban apartados. ¿Cuánto mas distante de vos se siente una alma tímida, perezoza y dispada, tanto mas debe alzar la voz y gritar hácia él. Gritaban tambien por el deseo que tenían de su sanidad y por el temor en que estaban de que se les escapase una ocasion tan bella.... ¡Ah! si conociéramos la miseria de estar lejos de Dios y separados del comercio de los santos, ¿con qué ardor no pediríamos ser librados de aquellos pecados, de aquella tibieza; de aquella dureza de corazón, de aquella dispacion, de aquella indevocion que son la causa de una tan funesta separacion.

Lo tercero. *Súplica esclarecida.* Los dos títulos que los leprosos dan á aquel cuyo socorro imploran, son los de Jesús ó de Salvador, y Maestro. La codicia y la ignorancia son una lepra doble que contrajimos antes de nacer y de la que el bautismo no nos ha librado, borrando el pecado original. Pero tenemos en Jesucristo un Salvador para hacernos triunfar de las pasiones de nuestro corazón, y un Maestro para disipar las tinieblas de nuestro espíritu. Invquémoslo, pues, bajo de estos dos títulos.... Jesús, Salvador mío y mi maestro, derrama sobre mí vuestra gracia divina, que es una gracia de fuerza y de luz, para que jamás ni el pecado ni el error me separen de vos.

Lo cuarto. *Súplica común.* La misma desgracia y la misma esperanza había unido y juntado estos infelices, sin distincion de país ni de nacion.... Levantaron juntamente la voz y suplicaron, no cada uno de por sí, sino en común y por todos.... "Ten piedad de nosotros...." Esta union de oracion, tan encomendada por Jesucristo mismo, no podia no serle accepta y obtenerlo todo de él segun su promesa. Unámonos, pues, todos juntos para implorar las misericordias del Señor. Si nosotros nos separamos de la union de religion, si no nos unimos á la oracion común que se hace en la Iglesia y en la propia parroquia, no estando impedidos por un legítimo motivo, nos exponemos visiblemente á ser privados de muchas gracias; cuando al contrario, unidos todos

junjos, ó se enciende nuestro fervor ó mutuamente se comunican. El fervor de los unos suplirá por la negligencia de los otros, y aquel grito común hace una armonía dulce, y una dulce violencia al Señor, cuya bondad no pueda hacer allí resistencia alguna.

PUNTO II.

DE SU FE.

Lo primero. *Fe humilde y sin queja.* "Habiendo oído Jesús sus gritos..." mirándolos, dijo: Id, mostraos á los sacerdotes... ¿Qué majestad, qué poder en este mandato! Pero era menester una fe bien humilde para ejecutarlo sin quejas. Era costumbre de Jesucristo, cuando sanaba algunos enfermos, tocarlos y hablarles con bondad. Lo mismo había hecho con el leproso que había sanado bajando del monte; pero á estos no les deja acercarse, no los toca, nada les dice y nada les promete; solo les grita desde lejos que se retiren y que vayan á dejarse ver de los sacerdotes. Un sentimiento de orgullo en estos leprosos habría acaso impedido su sanidad. En una ocasión casi semejante, el orgullo de Naaman, aquel señor de la Siria que fué á encontrar al profeta Eliseo para ser sanado de su lepra, faltó poco para hacerlo perder el fruto de su viaje. Nosotros queremos que los enviados de Dios nos sirvan según nuestro gusto, según nuestras ideas y según nuestras pretensiones. Si un confesor, si un director, si un predicador falta á ciertos respetos que pretendemos de él, nuestro orgullo se irrita, se suscitan en nuestro corazón amargos lamentos, y á las veces revientan; se sigue el despecho, y por falta de humildad nos quedamos sin la salud.

Lo segundo. *Fe simple y sin razonamiento.* La ley de Moisés, que seguían también los samaritanos, obligaba los leprosos á presentarse á los sacerdotes, pero cuando ya estaban sanos, para que estando auténticamente reconocida su sanidad, fuesen establecidos en el comercio de la vida civil; pero estos podían decir, somos enviados á los sacerdotes y no estamos sanos; qué cosa hemos de hacer nosotros allí en el estado en que nos hallamos: Así discurría Naaman, enviado por el profeta á las aguas del Jordán... ¿Qué, no tenemos por ventura nosotros en Siria ríos que valgan por Jordán? ¿y qué, se habrá de razonar con Dios en hechos de religión? ¡Ah! dejémoslos guiar, creamos y obedecemos con simplicidad. Esto es un homenaje que Dios pide de nosotros y á que ha vinculado nuestra salvación. Los leprosos no razonaron, obedecieron y su fe fué coronada.

1 Lib. IV Reg., c. V, v. 11.

Lo tercero. *Fe recompensada sin dilación.* "Y mientras iban, quedaron limpios..." Lo mismo sucedió á Naaman cuando finalmente obedeció al profeta. Lo mismo sucederá á quien renunciando á sus prejuicios, á su orgullo, á sus ideas y á sus falsos razonamientos, irá donde Dios lo envía y caminará con humildad y simplicidad en el camino que el Señor le ha prescrito, sujetará su juicio al de la Iglesia, creará la perpetuidad, la indefectibilidad y la santidad de esta Iglesia, recibirá de ella las escrituras, los sacramentos, las ceremonias, los ejercicios, las decisiones y las leyes. Este hallará en su fe y en su obediencia la paz del corazón, la tranquilidad del espíritu, la pureza del alma, su sanidad y su salvación.

Lo cuarto. *Fe dócil hasta el fin.* No nos dice el evangelista que estos leprosos se hayan efectivamente presentado á los sacerdotes; pero fuera de que esta era una práctica mandada formalmente en la ley y comunmente observada, la orden que habían recibido de su poderoso libertador no permite dudar que no se hayan conformado con él. Se presentó sin duda el samaritano como los otros á los sacerdotes de Jerusalem sin andar á buscar los sacerdotes cismáticos de Samaria, á los cuales entendió muy bien que Jesucristo no lo había enviado. Por cualquiera gracia que se haya recibido del cielo, nada nos dispensa de la observancia de la ley, ninguna cosa puede apartarnos de la jurisdicción de los superiores legítimos. Donde faltan la docilidad y la obediencia, no puede haber otra cosa que error y engaño.

PUNTO III.

DE SU RECONOCIMIENTO.

Lo primero. *Consideremos cuán justo es el reconocimiento para con Dios.* "Y uno de ellos cuando vió que había quedado limpio, volvió atrás glorificando á Dios en alta voz..." Uno de estos diez leprosos, que era el samaritano, viendo que su sanidad era cierta y que no le quedaba vestigio alguno de su lepra y de su impura enfermedad, reflexionando por otro lado con qué bondad á su primera súplica, con qué poder y con un solo acto de su voluntad los había Jesús sanado á todos, entró en un tan grande exceso de júbilo, de admiración y de reconocimiento, que sin pensar á gozar de su fortuna, volvió inmediatamente atrás para dar gracias á su divino libertador... No tenemos por ventura los mismos motivos de reconocimiento? No nos colma Dios en todos los instantes de sus beneficios con la misma bondad, con la misma potencia, salvándonos de nuestros pecados, librándonos de mil males: ¿Cuánto pues debe ser nuestro reconocimiento? Lo segundo. *Consideremos cuán expresivo debe ser nuestro reconocimiento para con Dios.* "Y

se postró en tierra á sus pies, dándole gracias; y era este un samaritano..." Este samaritano volvió atrás á encontrar á Jesús donde lo había visto próximo á entrar, y volvió allí alabando á Dios en alta voz y no cesando en todo el camino de celebrar sus beneficios. Luego que llegó delante de Jesucristo, se echó á sus pies, postrándose en tierra. ¡Ah! ¿quién podría decir cuáles fueron entonces los sentimientos de su corazón? Apenas podía exprimirlos débilmente con la boca; pero Jesús los veía, y su postura los indicaba. ¡Ay de mí! ¿no debería yo estar continuamente postrado á vuestros pies, divino Salvador de mi alma, vos que me habeis librado, no una vez, sino tantas, de una lepra mucho mas vergonzosa y para mí mas peligrosa, de la lepra de mis pecados; vos, que no contento de limpiarme, os dignais también alimentarme de vuestra carne, y de darme á deber vuestra sangre, y de comunicarme vuestro ser divino? ¡Ah! ¿no debería toda mi vida ser un continuo hacimiento de gracias por tantos beneficios? Y con todo eso, es bien débil mi agradecimiento; jamás hablo de vuestras gracias ni jamás las considero para conmigo mismo.

Lo tercero. *Consideremos cuán raro es el reconocimiento para con Dios.* "Y respondiendo Jesús dijo: ¿Por ventura no son diez los que han quedado limpios; y los nueve dónde están? No so ha hallado quien volviese y diese gloria á Dios sino este extranjero..." El que sabía tan bien el número de los leprosos que habían quedado sanos, no ignoraba dónde se hallaban los nueve ingratos de quienes daba las quejas; pero habla así para darnos á entender cuán raro es el reconocimiento y cuántos son los que por lo ordinario son los mas ingratos... ¿Después de una solemnidad, de una misión, de un retiro, después de las fiestas de la Pascua, en que muchos pecadores han sanado de su lepra, se ven acaso muchos de estos en otra próxima fiesta volver al Salvador y mostrarle su reconocimiento? ¿de diez de estos apenas se ve uno? ¿y los otros nueve dónde están? Han puesto en olvido la gracia recibida y acaso la han perdido ya. Atienden á sus intereses temporales, se abandonan á la disipación, á la alegría, á los placeres, y acaso están sumergidos en sus mismos malos hábitos... Solo el extranjero se mueve al reconocimiento, porque se considera como el mas indigno del favor que ha recibido. En nosotros quedan sofocados los sentimientos de gratitud, porque nos imaginamos, como los judíos, que todo nos es debido. ¡Ah! si por el contrario reflexionásemos que respecto de la fe somos nosotros extranjeros en cuanto ella no nos es debida de modo alguno; si pensamos que el deseo de recurrir á la penitencia es una gracia del Salvador, que aquella absolución que recibimos con tanta indiferencia es el precio de su sangre y de su muerte; que es un exceso de sus misericordias, y que si hubiésemos muer-

to un momento antes de recupearar su gracia, estábamos eternamente condenados, entonces por ventura conoceríamos el precio de nuestra reconciliación y mostraríamos nuestro agradecimiento... Tal vez se mueven mas al reconocimiento los mas grandes pecadores, aquellos que parecían estaban mas lejos de Dios, que aquellos que gozan cada día de sus beneficios.

Lo cuarto. *Consideremos cuán útil es la gratitud para con Dios para el que está penetrado de ella.* "Y le dijo: levántate, vete, que tu fe te ha hecho salvo..." Los otros también habían sido salvos por su fe; pero no tuvieron la dicha de oírlo decir de la boca de Jesucristo mismo... ¡Ah, cuánto mas iluminada, aumentada y ardiente quedó la fe del samaritano por esta divina palabra del Salvador! El temor de los sacerdotes había acaso sofocado en los nueve judíos la voz del reconocimiento. ¿Pero si entonces fueron tan tímidos y tan ingratos, cuáles vendrían á ser poco tiempo después, cuando la persecución contra Jesucristo y sus apóstoles se declaró manifestamente? En orden á nuestro fiel samaritano que había levantado la voz en Jerusalem y en la Judea, podemos bien creer que no guardó silencio cuando la Samaria hubo recibido la palabra del Evangelio. La gratitud es un fuerte indicio de la perseverancia; la ingratitud anuncia la inconstancia.

PETICIÓN Y COLOQUIO.

¡Oh Dios mío! reconozco y deploro mi ingratitud para con vos. ¡Ah, Señor! acoged un pecador que el reconocimiento conduce en este instante á vuestros pies y quiere estaros aquí para siempre. Animad y fortaleced vos mismo la gratitud de que en este momento estoy penetrado, y hacéda estable y permanente, para que continuamente pueda sacar de ella un nuevo esfuerzo para caminar por la senda de la justicia. Amen.

MEDITACION CCVIII.

DISCURSO DE JESUCRISTO CON LOS JUDIOS DE JERUSALEN EN UN DIA DE LA FIESTA DE LA DEDICACION.

San Juan, c. X, v. 22, 30.

Primero, Jesucristo les reprende su incredulidad; segundo, les habla de sus ovejas; tercero, de sus misterios.

PUNTO I.

DE LA INCREDELIDAD DE LOS JUDÍOS.

Lo primero. *De la incredulidad hipocrita.* "Y se hacía en Jerusalem la fiesta de la dedicación,

1 Act., c. VIII, v. 14, 15.

y era invierno. Y Jesús caminaba por el templo en el pórtico de Salomon. Y los judíos lo cercaron....” Cuando llegó el Salvador á Jerusalén, se celebraba la fiesta de la renovación de la dedicación del templo, instituida por Judas Macabeo. Esta fiesta se celebraba con octava, como las tres grandes solemnidades prescritas por la ley. Esta caía en el invierno y comenzaba, según nuestro modo de contar, hácia el fin de diciembre, cerca de dos meses después de la fiesta de los Tabernáculos. Estaba ya el Salvador al fin del año treinta y dos de su edad, y bien presto iba á empezar el treinta y tres, que debía ser el último de su vida mortal. Si en el curso de esta fiesta no dió Jesucristo motivo de admiración á los ojos de los judíos con alguna de sus maravillas con que había siempre señalado su demora en la capital, se puede decir que ya en ella se había hecho anunciar con diez milagros visibles en la persona de diez leprosos que había enviado á los sacerdotes: comparció en el templo bien temprano por la mañana, y como según la estación hacia frío, se paseaba en el pórtico de Salomon, esperando que la asamblea se juntase. Era este un grande atrio á que se había dado el nombre del primer fundador del templo. Apenas tuvieron noticia de la llegada de Jesús, se dieron prisa para venir á encontrarlo, y en poco tiempo se halló cercado de una grande multitud de oyentes. Los principales de los judíos y sus mortales enemigos, hallándose mas cercanos á él, dieron principio á la conferencia.... “Y le decían: ¿hasta cuándo tendrás tú en suspensión nuestros ánimos? Si tú eres Cristo, dínoslo abiertamente....” ¿Quién no creería al oír estos hipócritas que se hallaban en las mas favorables disposiciones para con Jesucristo, y que justamente se les negaba la declaración que pedían y que parecía tan justa y racional? Pero Jesús conocía el fondo de sus corazones y su mala fe. Así también nosotros debemos hacer poco caso de los lamentos de los impíos y de los herejes, cuando nos dicen que ellos piden solamente una prueba decisiva, una explicación clara y precisa, una decisión auténtica de la Iglesia para sujetarse. ¡Miserable artificio! no es la claridad, la precisión, la evidencia, las luces las que faltan; lo que falta es la humildad, la docilidad y la buena fe que ellos echan á un lado. ¡Ah! adquiramos estas virtudes, tengamos los ojos de la fe, y veremos la luz y no haremos ya mas pregunta alguna.

Lo segundo. *Incredulidad obstinada.* “Les respondió Jesús, os lo digo y no creéis: las obras que yo hago en el nombre de mi Padre, estas dan testimonio de mí....” ¿Qué testimonio! y qué obstinación se requiera para resistirle. Obstinción que camina al mismo paso que la de los incredúlos de nuestros días. Todo habla y ellos

1 I Macab., c. IV, v. 56, 59.

no creen: la historia, los monumentos, los siglos, la Iglesia, los pastores, los pueblos, el universo habla, y ellos nada quieren entender, no quieren creer.

Lo tercero. *Incredulidad orgullosa.* Añadió el Salvador: “Pero vosotros no creéis porque no sois del número de mis ovejas....” En estas dos palabras se hallan el origen y el castigo de la incredulidad. El orgullo, aquel vicio tan opuesto á la dulzura y á la docilidad de las ovejas, el orgullo hace que no seamos ovejas dóciles: he aquí el origen de la incredulidad, y la incredulidad hace que seamos separados del número de las ovejas; he aquí el castigo. En vano el judío reconoce á Moisés, el deista á Dios, el hereje á Jesucristo; en vano el impío lleva el nombre que recibió en el bautismo; en vano el hereje se hace una Iglesia ó se la figura en su idea para unirse á ella; desde que salió de la Iglesia de Jesucristo, ó no tiene su fe y no tendrá jamás parto en su reino.

PUNTO II.

DE LAS OVEJAS DE JESUCRISTO.

Lo primero. *Su docilidad.* “Mis ovejas escuchan mi voz, y yo las conozco y me siguen....” Docilidad de espíritu: *escuchan su voz.* La escuchan en la lección, en la meditación de la Escritura, en la predicación de la divina palabra. La escuchan en la enseñanza y en las decisiones de la Iglesia, la escuchan en lo interior de sus almas, en el tiempo de la oración y de un profundo recogimiento. *Docilidad de corazón.* Lo siguen en sus preceptos, en sus consejos, en sus sentimientos. *Docilidad de acción.* Lo siguen en la oración, en las obras del celo y de la caridad. Lo siguen al templo, al desierto, en el retiro, en la soledad. Lo siguen en el estado de la vida á que los llama, y en el cumplimiento de todas las obligaciones del estado de vida que han abrazado. Finalmente, lo siguen al Calvario sobre la cruz y hasta en el sepulcro. ¡Almas afortunadas! lo siguen, finalmente, en el cielo y en la eternidad.

Lo segundo. *Su felicidad sobre la tierra.* Jesús las conoce.... “Y yo las conozco....” Jesús conoce también aquellos que no quieren ser suyos pero el conocimiento que él tiene de sus ovejas, es un conocimiento de amor, de protección de dirección. El las ama, las distingue en medio del mundo y entre las mas numerosas asambleas. Les protege, las defiende, las sostiene y hace que se conviertan en prolecho suyo y sirvan á su perfección todos los acontecimientos. Les dirige, las guía, las inspira y las hace conocer cuanto es necesario, el camino que deben llevar y el partido que han de seguir. Ovejillas

afortunadas conocidas de Jesucristo, vuestra suerte es bien digna de envidia. ¡Ah! procuremos ser ovejas dóciles y seremos ovejas conocidas y amadas de Jesucristo.

Lo tercero. *Su recompensa en el cielo.* “Y yo los doy vida eterna, y no perecerán eternamente....” ¡Oh vida eterna! Harás tú siempre una impresión débil sobre nuestros corazones: “Entrar en posesión de una vida eterna, huir los suplicios de una muerte eterna! A esta palabra no deberíamos jamás hallar alguna dificultad. Ambición, placeres, intereses, envidia, odio, amor, regocijo, libertad, dissipación, todo debe ceder á esta grande palabra, vivir eternamente, no perecer eternamente. Puesto entre estos dos puntos, seguro de vivir ó de padecer eternamente, me arrojo á vuestros pies, ¡oh divino Jesús! como la mas humilde y la mas dócil de vuestras ovejas. ¡Salvadme, ¡oh Salvador mio! dadme la vida eterna y no permitáis jamás que caiga en la muerte eterna.... Perdonadme mis pecados, mis pasados desvarios, desvarios tanto mayores, cuanto mas frecuentes. ¡Ah! quiero comenzar en este día á seros fiel. Os hago aquí la promesa solemne; concedeme vuestra gracia para cumplirla.

PUNTO III.

DE LOS MISTERIOS DE JESUCRISTO.

Continuando Jesucristo su discurso, se explica de tal manera, que declara y nos hace advertir misterios que declaran la predicación de los apóstoles y la fe de la Iglesia.

Primero. *Misterio de una potencia infinita.* “Y ninguno las arrebatará de mi mano....” Las ovejas de Jesucristo, las almas fieles que creen en él, que observan su ley, que tienen su fe, su gracia y su amor, están en su mano, y ninguno, ni hombre, ni demonio, por violencia ó por artificio, puede contra su voluntad quitárselas. Ninguna otra cosa tienen que temer que á sí mismas, su propio corazón y su libertad. Pero cuando habrán perseverado hasta el fin, cuando la muerte habrá puesto el sello á su fidelidad, y no se tratará de otra cosa que de su recompensa, libres entonces de todo peligro y de todo temor, reposarán entre las manos de su Salvador y no podrá sacárselas de allí potencia alguna. ¡Oh qué felicidad! Pero comprendámed bien la razón que da Jesucristo de esto y que sirve para descubrimos otros muchos misterios capaces de arrebatarlos de admiración y de llevar tras sí todas nuestros pensamientos.

Segundo. *Misterios de la Encarnación y de la Redención.* “Lo que el Padre me ha dado á mí, sobrepaja todas las cosas....” Una alma que cree en Jesucristo, que es fiel á su ley y

que persevera en su fidelidad, es un don que el Padre da al Hijo, porque esta alma cree, es fiel y persevera solo por la gracia del Padre, merecida por el Hijo, merecida con las humillaciones, con los tormentos y con la muerte del Hijo, y con todo lo que el Hijo ha padecido en su humanidad; ahora esto don es mas grande que cualquiera otra cosa, sobrepaja todas las cosas y es fuera de toda expectación. ¿Quién le disputará al Hijo de Dios lo que Dios su Padre le ha dado?... ¡Almas bienaventuradas, cuán grande es vuestra gloria, cuán segura vuestra felicidad! ¿Qué es lo que yo no debo hacer para merecerme una tal ventura? ¡Oh Dios, Criador mio, Padre mio, vos ya me habeis dado á vuestro Hijo para creer en él; cumplid, ¡oh Señor! vuestra obra, concededme la gracia de ser fiel á su ley y de perseverar en ella hasta la muerte; de ser del número de aquellos que vos le dais para reinar eternamente con él. ¡Ay de mí! ¿tendré yo la desgracia de echarme fuera de esta suerte tan gloriosa y tan afortunada para entrar en otra? ¿y á quién me dará yo? ¿al demonio que solo quiere mi perdición? ¿al mundo que perecerá? ¿a la carne que caerá en la podredumbre y en el polvo? ¡Ah! á vos me doy, ¡oh Dios mio! dadme á mí Salvador, yo á él me doy y á vos; por el tiempo y por la eternidad.

Tercero. *Misterio de la consustancialidad y de la Trinidad.* “Aquello que el Padre me ha dado á mí, sobrepaja á toda otra cosa y ninguno puede arrebatarlo de la mano de mi Padre....” Permitted Señor que yo os pida la explicación de estas palabras.... Vos habeis dicho poco antes, que ninguno sacará vuestras ovejas de vuestras manos, y aquí vos decís que vuestro Padre os la ha dado y que ninguno puede arrebatarlas de sus manos. Parece que debéis decir y repetir, que ninguno pueda arrebatarlas de vuestras manos, entre las cuales han estado presentadas en don, que de ellas os ha hecho vuestro Padre. ¿Por qué decís vos, pues, que ninguno las arrebatará de las manos de vuestro Padre?... Escucha alma mia, escucha con espanto y con respeto las palabras de tu Salvador.... “Yo y el Padre somos una sola cosa....” ¡Oh abismo de profundidad! ¡oh majestad adorable y terrible! Delante de vos me reñezco á nada, mi espíritu se confunde, mis sentidos se turban y cae en delirio mi corazón. Animad vuestra oración, ¡oh Dios mio! para que pueda contemplar en la luz de la fe la majestad de vuestro ser! He aquí, pues, dos personas bien distintas, el Padre y el Hijo, el Padre que da á su Hijo y el Hijo que recibe de su Padre. Y estas dos personas son un mismo ser, una misma naturaleza, una misma sustancia, una misma divinidad, una misma potencia, una misma esencia, un mismo Dios. ¡Oh Dios de majestad, qué gloria habitáis vos! ¿Y quién podrá contemplar su esplendor? ¿pero comprendemos nosotros cómo y cuánto participamos

de estos profundos misterios? ¿es, pues, cierto que nosotros, hombres frágiles y miserables criaturas sobre la tierra, hemos sido rescatados con la sangre y con la muerte de un Dios, que hemos sido santificados por la infusión del Espíritu Santo, que es la tercera persona de la adorable Trinidad y en todo igual á las otras dos? ¿es posible que nosotros háyamos de ser en el cielo el don que Dios Padre hará á su Hijo, que Dios Hijo recibirá de su Padre, y que las tres divinas personas se harán gloria de poseer, sin que alguno pueda arrebatárselo?

PETICION Y COLOQUIO.

¡A qué suerte feliz, ¡oh Dios mio! estoy yo destinado! Haced, ¡oh Señor! que en adelante conciba solo sentimientos dignos de una tal nobleza, y que esté siempre pronto á hacerlo todo, á sufrirlo todo para llegar á un tan glorioso destino. Amen.

MEDITACION CCIX.

FIN DEL DISCURSO DE JESUCRISTO CON LOS JUDIOS DE JERUSALEN EN UN DIA DE LA FIESTA DE LA DEDICACION.

S. Juan, cap. X, v. 31, 39.

Observemos: Primero, cómo calma Jesús el tumulto de los judíos. Segundo, cómo se justifica en orden á la blasfemia que se le imputa. Tercero, cómo prueba y confirma todo lo que ha dicho.

PUNTO I.

JESÚS CALMA EL TUMULTO DE LOS JUDÍOS.

Primero. *Furor de los judíos.* "Y echaron mano los judíos á las piedras para apedrearlo..." Ha aquí pues la buena fe de aquellos hombres que no pedían otra cosa sino que el Señor no los dejase suspensos y dudosos y que les hablase claro. Apenas ha empezado á explicarse, se arman de piedras y no desean otra cosa que sangre. Se han visto en todos los siglos tener los herejes el mismo lenguaje y la misma conducta. Sus cabezas han comenzado con protestar que ellos sometían todos sus sentimientos y todas sus expresiones al juicio de la santa sede. "Ha dado la santa sede alguna señal de reprobación, algún breve de condenación? He los aquí ya irritados realmar y pedir un decreto en la forma mas auténtica. Si se publica el decreto, he los aquí armados, desenfundados, y con mayor furor, y pedir un concilio. "Ha decidido el concilio? ya no to-

man medidas algunas. Las guerras, las persecuciones mas sangrientas son el fruto. Para no hablar de otras herejías y atenernos á la que es á nuestro propósito como la que ha negado la divinidad de Jesucristo. El arrianismo cómo ha tratado al primer concilio euménico? cómo ha recibido el término de *consustancialidad*, tan propio para explicar claramente la fe católica? ¿cuántos artificios, cuántas mentiras, cuántas calumnias no se han empleado para chudir la decision del concilio? y finalmente, ¿cuántos ríos de sangre no ha hecho correr la herejía por destruir esta verdad?

Segundo. *Dulzura y tranquilidad de Jesús.* Ya se habian puesto otra vez los judíos en movimiento para apedrearlo; pero él se escondió y de esta manera se huyó de sus manos. Después de lo que poco ha habia dicho en orden á su poder, ¿no era por ventura conveniente que hiciese otro tanto en esta ocasion? Les hizo, pues, ver aquí que él no temia su furor, y que era el Señor de todos los sucesos. Se contentó con decirles tranquilamente y con dulzura... "Jesús le respondió: muchas buenas obras os he hecho ver por virtud de mi Padre. ¿Por cuál de estas obras me apedreis?...? "Vosotros os armáis contra mí, estais sedientos de mi sangre? ¿cuál es pues el motivo de tanto furor? ¿he hecho á vuestra vista obras admirables? Las he hecho para vuestro bien y en vuestro provecho, las he hecho en el nombre y en virtud de mi Padre. ¿Cuál pues de estas obras de poder ó de misericordia os dae vuestro odio? ¿casso la sanidad del paralítico de treinta y ocho años, ó la del ciego de su nacimiento excita vuestra indignacion? ¿me queréis acaso apedrear por estas obras milagrosas, ó por tantas otras que he obrado en vuestra presencia?... Apliquémonos estas palabras en el tiempo de la tentacion ó en la ocasion de pecar... Alma mia, desde que Dios te ha puesto en el mundo, no ha cesado de colmarte de bienes y te promete aun otros mayores en el otro. ¿Por cuál de estos beneficios quieres tí ofenderlo? ¡Oh Dios mio, cuán inexcusables me parecen mis pecados cuando los comparo con vuestro amor y con vuestros beneficios!

Tercero. *Acusacion de los judíos.* "Lo respondieron los judíos, y dijeron: no te apedreamos por una obra buena, sino por la blasfemia, y porque siendo tú hombre te haces el mismo Dios..." Habia en esta acusacion una contradiccion manifiesta. Las obras de que se trataba, siendo obras milagrosas y una interrupcion del curso de la naturaleza, era contradiccion que este hombre, que las hacia en nombre de Dios su Padre, pudiese blasfemar; y cuando haciéndolas aseguraba que bien que fuese hombre era no obstante hijo de Dios, una misma cosa con Dios y Dios el mismo, era un oráculo que convenia adorar y que no podia en tales circunstancias ser mi-

rado como una blasfemia... ¿Hay acaso menos de contradiccion en la acusacion que ciertos cristianos se atreven á intentar contra la Iglesia, la esposa de Jesucristo, cuando después de haberlo prometido su infidelidad Jesucristo hasta el fin de los siglos, se atreven á acusarla de supersticion y de idolatria y á imputarle que condena y persigue la verdad y que blasfema contra el amor de Dios, contra su omnipotencia y contra su gracia? ¡Ah Señor, son vuestros enemigos los que blasfeman contra Dios blasfemando de esta manera contra vos y contra vuestra Iglesia. ¿Oh qué consolacion, oh qué fuerza deben encontrar en vos los que por su adhesion á vuestra Iglesia son acusados de blasfemia, viendo que vos mismo habeis sido acusado de ella!

PUNTO II.

JESÚS SE JUSTIFICA DE LA BLASFEMIA QUE LE VIENE IMPUTADA.

Lo primero. *Jesucristo se justifica con un argumento de paridad.* "Les respondió Jesús: no está escrito en vuestra ley, yo dije; vosotros sois dioses..." Llamándoles á la memoria que hay hombres que Dios mismo llama dioses en la Escritura¹ é hijos del Altísimo, les hace bien conocer que no conviene por tanto escandalizarse tan presto de esta denominacion, sin haber examinado primero quién es el que se le atribuye. Ninguna cosa habia mas propia para sosegar los espíritus que este paso. Por eso el pueblo continuó á escucharlo sin interrumpirle, y el Salvador se aprovechó de su atencion para instruirlos y revelarles los sublimes misterios de su divinidad.

Lo segundo. *Jesucristo se justifica con un argumento de menor á mayor.* "Si llamó dioses á aquellos á quienes Dios habló, y la Escritura no puede faltar. Yo, á quien el Padre ha santificado y enviado al mundo, vosotros decís que blasfemo porque he dicho soy Hijo de Dios..." El Salvador indica aquí dos diferencias que se hallan entre él y los hombres á quienes la Escritura llama dioses. La primera que ellos son jueces, á quienes Dios endereza la palabra para reprocharles su poca rectitud y la iniquidad de sus juicios, y él es aquel que el Padre ha santificado. Los judíos no podian entender como nosotros toda la fuerza de esta palabra. El Padre ha santificado al Hijo porque lo ha engendrado eternamente en la plenitud de su santidad, porque ha unido su sagrada humanidad con la union de la divinidad misma, uniéndolo en unidad de persona con el Verbo eterno, la segunda persona de la Santísima Trinidad, y en consecuencia de esta divina union ha puesto en

ella los tesoros de la ciencia, de la sabiduria y de la gracia, y sobre ella ha hecho reposar su Espíritu Santo. Pero lo que veian los judíos era á lo menos una vida santa é irreprochable, una vida de prodigios y de milagros inauditos... La segunda diferencia consiste en esto: que estos hombres eran jueces, á los cuales se habia enderezado la palabra de Dios para constituirlos jueces, enviándolos con esta calidad á su pueblo, y Jesús es aquel que ha enviado el Padre al mundo. Expresion unica y que no conviene á algun otro hombre que á Jesucristo, porque él no es otra cosa que el Verbo encarnado hecho hombre. Esta expresion supone que él existia antes de ser concebido en el seno de la Virgen, segun que el mismo Jesucristo habia dicho: cuando los judíos quisieron apedrearlo la primera vez... "Antes que fuese hecho Abraham yo soy..." Dios ha criado y puesto en el mundo á todos nosotros, lo que supone que nosotros no éramos antes; al contrario, para ser enviado conviene existir ya. De aquí ha escogido Dios entre nosotros aquellos hombres que habia criado y los ha enviado á este ó al otro pueblo para el tal y el tal ministerio. Pero solo Jesucristo es el que ha sido enviado á este mundo para rescatarlo y santificarlo... ¿Os adoro, oh santo de los santos, oh Salvador adorable! Me alegro de lo que sois, doy gracias á Dios vuestro Padre por haberos enviado, y á vos, ¡oh Señor! por haber venido á nosotros con tanto amor, con tanta bondad y con tanta misericordia.

Lo tercero. *Jesucristo se justifica con una tierna reprobacion.* "Vosotros decís: tú blasfemas porque he dicho soy Hijo de Dios..." Como si dijese: ¿Quién es, pues, el que me acusa de blasfemia? Sois vosotros, vosotros, digo, instruidos de la ley y de los profetas, vosotros advertidos de la venida del Mesías y del tiempo en que debe comparecer; vosotros que sabéis que él debe ser *vuestro Dios con vosotros*? ¿Vosotros que actualmente lo esperais, vosotros que habeis visto mis obras y habeis gozado de mis beneficios, vosotros sois aquellos que me decís que he blasfemado porque he dicho que soy Hijo de Dios?... Después de esta divina acogida, acompañada de una tierna reprobacion, debían por cierto las piedras caerse de las manos de los judíos, manifestarse la confusion sobre sus frentes y penetrar el arrepentimiento sus corazones; pero si estos hombres endurecidos no os hacen justicia, permitidme, ¡oh Señor y Salvador mio! que yo me empeñe en daros una condigna recompensa con mis respetes y con mi amor. ¿Es posible, ¡oh Dios de la santidad! que los hombres os traten de blasfemo en el tiempo mismo que vos les descubris los misterios de vuestra divinidad para hacerlos participantes de ella? ¡Ah! ¿no es esto

1 S. Juan, c. VIII, v. 59.

2 Maimon.

puntualmente lo que debe hacer nuestra gloria y nuestra felicidad tener un tal Salvador: ¿no es vuestra divinidad el origen de nuestra consolación y el fundamento de toda nuestra esperanza? ¡Y vos, ¡oh Señor! vos escucháis con paciencia estas blasfemias que podeis castigar en un momento! ¡vos os dignáis de respondernos con dulzura, y en vez de disgustaros de nosotros y de abandonarnos, tomáis siempre ocasión para mas instruirnos y revelarnos vuestros mas profundos misterios! ¡Qué misericordia!

PUNTO III.

JESÚS PRUEBA Y CONFIRMA TODO LO QUE HABIA DICHO.

Primero. *Lo prueba con sus obras.* "Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis; pero si las hago, cuando no queráis creerme a mí, creed á las obras..." Prueba decisiva. Milagros acompañados de todos los caracteres de la verdad, son el lenguaje de Dios mismo, á que ningún hombre racional puede contradecir. Prueba adaptada á la inteligencia de todo el mundo. El ético como el grande, el ignorante como el sabio, sienten su fuerza y se rinden á ella. Prueba general que lo prueba todo y nada deja indeciso, y ya no permite examinar otro punto ni contradecirle. Prueba incontrastable, porque consiste en hechos de suma importancia. Ahora, estos hechos, si hubiesen sido falsos, no hubieran sido creídos por los primeros que hubieran sido testigos de su falsedad; mucho menos de las edades futuras, ni jamás hubieran llegado hasta nosotros como verdaderos, sino á lo mas como fábulas ó imposturas, ni jamás hubiera habido en el mundo cristianismo. Prueba inimitable. Por compendiosa y eficaz que sea esta prueba, ningún engañador, ningún entusiasta se ha atrevido jamás á emplearla para favorecer á su error; ninguno jamás ha tenido la audacia de decir "cuando no queráis creerme a mí, creed á las obras..." Este lenguaje divino estaba reservado al Hijo de Dios y á los que obran en su nombre. Si alguno hubiese querido tentar este camino, no se hubiera llevado tras sí otra cosa que el desprecio. ¿Por qué? porque consistiendo esta prueba en hechos públicos, no hubieran podido los hechos fingidos y supuestos obtener del público una fe general y durable. Ahora justamente sobre esta prueba sólida á que se unen otras muchas, está apoyado, como sobre un inmovible fundamento, el edificio de nuestra fe, que ninguna cosa de este mundo echará jamás por tierra ni podrá conmovér.

Segundo. *Jesucristo confirma todo lo que ha dicho repitiéndolo.* "Creed á las obras para que conozcáis y creáis que el Padre está en mí y yo

en el Padre..." Esto es lo que el Salvador habia dicho al principio con aquellas palabras... "Yo y el Padre somos una cosa sola..." No ha vuelto á tomar esta palabra para modificarla ó alterar lo que habia dicho, ni para rebatir como una calumnia lo que se decía, esto es, que él se hacia Dios: vuelve bien sí, á tomarla para insinuarle esta verdad, para persuadirse con dulzura y para confirmarla con expresiones aun mas fuertes. La tres personas de la Santísima Trinidad, bien que diferentes y realmente distintas entre sí, están, no obstante, la una en la otra, porque igualmente subsisten todas tres en la misma naturaleza, en la misma esencia, en la misma divinidad; de manera que cada una de ellas es Dios y todas tres no son sino un Dios. He aquí la profundidad del ser de Dios y la majestad de nuestro Redentor. He aquí lo que debemos reconocer en orden á este grande misterio, lo que no podemos comprender, pero que debemos creer. He aquí lo que debe anonadarnos delante de nuestro Dios, arrebatarnos de admiración, penetrarnos de reconocimiento y de amor y mirnos inviolablemente á Jesucristo nuestro divino Salvador, nuestro mediador y nuestro Dios.

Tercero. *Conclusion de este coloquio.* "Intentaban por tanto prenderlo; pero él salió de sus manos..." El pueblo se estuvo en silencio. Muchos de cierto debieron quedar sorprendidos de admiración. Los de Jerusalem que creían en él y eran sus discipulos secretos, quedaron consolados y fortificados; pero las cabezas del pueblo, los magistrados, los sacerdotes, los escribas y los fariseos, no pudiendo dar alguna respuesta ni pudiendo negar los hechos, quedaron mayormente enfurecidos. Abandonándose á los excesos del odio y de la envidia y no atreviéndose á hacer en público alguna tentativa, determinaron prenderlo y condenarlo, segun todas las formas de un juicio regular: buscaron para esto la ocasión, pero Jesús se salvó todavía de sus manos, salió por la última vez de Jerusalem y para no volver ya mas sino cuando vendría á entregarse al furor de sus enemigos, á ejecutar las órdenes de su Padre y cumplir la obra de nuestra redención. ¡Qué oscuridad en estos hombres! ¡qué desventura para este pueblo haber tenido tales cabezas, tales guías! Pero ¡qué infelicidad tambien en este pueblo haberse dejado engañar contra sus propias luces y contra los recordamientos de su conciencia, de los principales cuya pasión, odio é injusticia eran tan manifestas.

PETICION Y COLOQUIO.

Gran Dios, ¡cuán profundos son vuestros caminos é impenetrables vuestros secretos! ¡Preservadme de la ceguera de estos indóciles judios! Admirable sabiduría de mi Dios, vos no habeis querido obligarme á creer misterios expe-

rioros á la razon sin haber hecho primero obras superiores á la naturaleza para confirmármelos. ¡Ah! quiero vivir y morir en la fe práctica de esta santa y adorable religion que vos me habeis revelado. Amen.

MEDITACION CCX.

JESUS DEJA A JERUSALEN Y SE RETIRA A LA OTRA PARTE DEL JORDAN.

San Marc., cap. X, v. 1.—
San Juan, cap. X, v. 40,
42.—San Mat., cap. XIX,
v. 1, 2.

Observemos primero, el lugar donde Jesús se retira; segundo, las ocupaciones de Jesús en el lugar de su retiro; tercero, el razonamiento que hace el pueblo sobre la persona de Jesucristo.

PUNTO I.

DEL LUGAR DONDE JESÚS SE RETIRA.

"Y partiéndose se fué hacia los confines de la Judea á la otra parte del Jordan... á aquel lugar donde Juan habia dado principio á bautizar, y allí se detuvo..." San Mateo y san Marcos dicen que "Jesús se partió de la Galilea y fué hacia los confines de la Judea, á la otra parte del Jordan..." Esto es ciertamente verdad; pero no se debe concluir que el retiro de Jesús á la otra parte del Jordan se haya seguido inmediatamente á su partida de la Galilea. Entre estos dos acontecimientos ocurrieron otras muchas cosas que cuenta san Juan y que ya hemos explicado.¹ El Salvador, pues, inmediatamente después de su salida de Jerusalem se retiró á la otra parte del Jordan, como dice san Juan, para echarse fuera de las pesquisas de los judios sobre la ribera occidental de este rio, donde se detuvo cerca de tres meses. Habia ya comparecido en estas partes cuando el precursor lo habia enviado á sus discipulos como el cordero de Dios,² después de haber dado testimonio de él delante del pueblo y á los diputados de la sinagoga. Aquí justamente habia empezado el divino Salvador á juntar discipulos, de los cuales los primeros fueron Pedro, Andrés, Felipe y Natansel.³ Aquí finalmente, Juan Bautista mismo, echado por los escribas de los primeros desiertos que habia santificado con sus

predicaciones, se habia retirado para bautizar é instruir antes de ser obligado á huirse hasta la Galilea para evitar nuevas persecuciones. Observemos por tanto las particulares circunstancias de este lugar.

Lo primero. *El lugar donde se retiró el Salvador, fué un lugar de soledad y de penitencia.* Aquí tambien nos debemos nosotros retirar con él, principalmente en el tiempo de aflicción y de persecucion.

Lo segundo. *El lugar donde se retiró el Salvador, fué un lugar de bautismo y de consagración, para enseñarnos á revolver muchas veces en nuestra memoria las obligaciones contraídas en nuestro bautismo y en nuestra vocación, las obligaciones de nuestro estado y los sentimientos del primer fervor.*

Lo tercero. *El lugar donde se retiró el Salvador, fué un lugar de testimonio y de verdad.* Aquel que hallándose perseguido por la verdad se refugia, no en el centro de la unidad católica, sino entre los herejes y cismáticos, apetece su amistad y su protección y de ellos viene acogido como amigo y confederado, contraido á sí mismo, hace traición á su causa y manifiesta su error.

PUNTO II.

DE LAS OCUPACIONES DE JESUCRISTO EN EL LUGAR DE SU RETIRO.

Lo primero. *Jesús enseñaba.* "Y se juntaron de nuevo al rededor de él las turbas..." No obstante la furia casi general de los sacerdotes del santuario y la violencia declarada de los cabezas de la república, luego que Jesús se mostró sobre los confines de la Judea á la otra parte del Jordan, los habitadores mismos de Jerusalem que se habian unido constantemente á él, ganados de sus instrucciones y de sus milagros, y un grandísimo número de prosélitos esparcidos acá y allá de los que la mayor parte habian sido discipulos de su precursor, vinieron á encontrarlo, y él los confirmaba en la fe y los instruía... Vamos tambien nosotros á este divino Salvador. Le hallaremos en la soledad, en la oración y en el recogimiento: rogúemole que nos instruya, que nos ilumine, que nos haga gustar sus divinos misterios y sus santas máximas, y no nos desechará.

Lo segundo. *Jesús sanaba los enfermos.* "Y lo seguian muchas turbas, y los sanó allí..." Muchos enfermos corrieron á buscarlo ó se hicieron llevar á sus pies para ser libertados de sus males, y los sanó. Sigamos nosotros tambien

1 San Mat., cap. III, v. 13.

2 San Juan, cap. III, v. 3.

1 Med. CL hasta la presente.

2 San Juan, cap. I, v. 29.

3 San Juan, cap. I, v. 83, 47.

con confianza á este divino Salvador; expóngamole nuestras enfermedades y los achaques de nuestra alma, después de haber adquirido un perfecto conocimiento de ellos, tengamos un verdadero deseo de sanar de ellos, y él los sanará.

Lo tercero. *Jesús hace todo esto.* "Como lo solía hacer..." Así como por todas partes en sus trabajos tenía el mismo fin, esto es, de preparar el pueblo de Israel al establecimiento del reino de Dios; por todas partes también observaba el mismo método y jamás se veía diversidad en sus ejercicios... Imitemos á nuestro Salvador. En cualquier parte donde vayamos, en cualquier lugar que la Providencia nos coloque con cualquiera persona que háyamos de tratar, adoptemos esta buena costumbre, esta nos siga en todo lugar; esto es, de instruir según nuestro estado, de edificar, de hablar de Dios, de dar buenos consejos, de inducir al bien y á la virtud, de consolar los afligidos, de visitar y aliviar á los enfermos, sin que la persecucion de los hombres, su malicia, su ingratitude, el poco fruto que recojamos de nuestras penas, nos hagan jamás añadir en la práctica de estas buenas obras. Pero ay de mí! ¿no tenemos nosotros por ventura una costumbre del todo contraria? ¿no somos acaso de aquellos que en todos los lugares escandalizan, que se están ociosos y son inútiles en todas partes, ó que al mas mínimo disgusto recibido, lo abandonan todo, ó todo lo hacen con disgusto y negligencia? ¡Ah! ignoramos nosotros por ventura que servimos á un Dios y que de él solo debemos esperar nuestra recompensa?

PUNTO III.

DEL RAZONAMIENTO QUE HACE EL PUEBLO.

Cuando el pueblo se vea en libertad y no estaba cercado de sus falsos doctores, entonces ocurría sobre Jesús en una manera muy juiciosa. Aquí compara á Jesús con Juan Bautista, que él había visto y oído en este mismo lugar. Sobre esto hace dos reflexiones juiciosísimas, observa dos cosas, y de ellas saca una consecuencia justísima.

Primera observación: que Juan Bautista no había hecho algun milagro. "Y volvieron muchos á él, y decían: Juan, en verdad, no hizo ningun milagro..." Esto es, Juan Bautista comparó con la mision ordinaria de los enviados de Dios, no ha hecho ni siquiera un milagro, y con todo eso, nosotros no hemos dejado de creer á su palabra. La austeridad de su vida, el esplendor de sus virtudes, la fuerza y la sabiduría de sus discursos, nos lo han hecho mirar como un profeta, han bastado para llevar á él todo el

mundo y para formar un gran número de discípulos. Pero Jesús no tiene un mérito mucho mayor que Juan; su vida no parece tan austera; pero su santidad, con una vida comun en la apariencia, no es un mas luminoso? Los ejemplos de virtud que da en todos generos son adaptados á la capacidad de un mayor número de personas y se insinúan con mayor dulzura. Sus discursos al pueblo y sus respuestas á los fariseos, son de una sabiduría y de una autoridad muy superior á la de la predicacion de Juan. Sobre todo, ejercita un poder absoluto sobre toda la naturaleza, obra todos los dias prodigios que no pueden venir de otra parte que de Dios. ¿Por qué, pues, tendremos nosotros dificultad de creer en él? ¿y podremos nosotros mismos, sin incurrir en la tacha de necios, dispensarnos de esto?

Segunda observación: que lo que Juan Bautista había dicho de Jesús era verdad. "Y todas las cosas que de este dijo Juan, eran verdaderas..." Juan, continuaban ellos, Juan no se ha colifreado jamás por aquel á quien nosotros debamos unirnos siempre; al contrario, no predicaba otra cosa sino para anunciar á otro que vendría después de él, que debía crecer mientras que él sería disminuido, y que no era digno de desatar las cintas de sus zapatos... Juan mismo ha mostrado á Jesús, diciendo: veis allí el que os he anunciado. Juan ha anunciado á Jesús como el Hijo de Dios, y este mismo Jesús dice ahora que es el Hijo de Dios y hace sus obras. Por esto la reputacion de Jesucristo, el número de sus discípulos, la grandeza de sus milagros y la persecucion misma que él experimenta de nuestros principes y de nuestros sacerdotes... todo esto se concilia y concuerda con el testimonio de Juan. ¿Después de tantas pruebas, no seremos inexcusables si no creyésemos en él?

Tercera. Conclusion de estas observaciones. De estas reflexiones se infiere que un gran número creyó en Jesucristo y se vino á él, "y muchos creyeron en él..." Si los impíos, si los herejes quisieran cáidamente reflexionar sobre la historia de la religion, sobre cuanto Dios ha obrado en el mundo y establecido y sobre la tierra, para guiar los hombres, iluminarlos y llamarlos á sí, no tardarian de mudar partido, y los veriamos con suma consolacion nuestros, reunidos á la Iglesia de Jesucristo. Pero nosotros que creemos todas estas verdades y que reflexionamos sobre ellas, somos verdaderos discípulos de Jesucristo: ¿cuál es nuestra adhesión á él? ¿cuál es la viveza de nuestra fe? ¿cuál la felicidad de nuestro amor? ¿cuál nuestro ardor en observar su ley? ¿seremos, pues, siempre nosotros negligentes, tímidos, lánguidos en el servicio de un tan gran Señor, que ha hecho todas las cosas por nosotros y que nos promete todavía tan grandes recompensas?

PETICION Y COLOQUIO.

¡Oh Dios mío! reconozco y detesto mis defectos, mi languidez y mi cobardía; de vos mismo espero la sanidad de tantos males. ¡Oh divino Salvador, oh cordero de Dios, oh esposo de mi alma, oh fuente de gracia, oh luz de los hombres, oh Jesús, aumentad mi fe, mi confianza y mi amor, aumentad también mi reconocimiento! No os alejéis de mí como habeis hecho con los judios de Jerusalem; quiero ser vuestro discípulo fiel en vida y en muerte, para que después de haber creído en vos en el tiempo, os contemple y os posea en la gloria de la eternidad. Amen.

MEDITACION CCXI.

PREGUNTA DE LOS FARISEOS SOBRE EL DIVORCIO.

San Math., c. XIX, v. 3, 12.—
San Márc., c. X, v. 2, 12.

Primero, los fariseos preguntan á Jesucristo y Jesucristo les responde; segundo, los fariseos replican á Jesucristo y Jesucristo les explica su primera respuesta; tercero, los apóstoles por su turno preguntan á Jesucristo y Jesucristo satisface á su pregunta.

PUNTO I.

PREGUNTA DE LOS FARISEOS Y RESPUESTA DE JESUCRISTO.

Primero. *Pregunta de los fariseos.* Y se llegaron á él los fariseos tentándolo y diciendo: "¿Es lícito al hombre repudiar su mujer por cualquier causa?"... A cualquier parte que Jesucristo se retirase siempre lo observaban sus enemigos y no le perdían de vista, no para instruirse y aprovecharse de su doctrina, sino para ponerle asechanzas y proponerle cuestiones cavilosas; pero siempre los confundió el divino Salvador. Ya se había explicado varias veces sobre la insolubilidad del matrimonio. Esta materia era tan delicada, que Moisés por una simple tolerancia había dispensado de la severidad de la ley, y ahora para restablecerla en su primera fuerza y vigor era necesario contradecir á este nuevo legislador... Presentáronse por tanto los fariseos á Jesucristo, con intencion de ponerle en contradiccion, ó consigo mismo ó con Moisés... Y le dijeron: Maestro, "¿es lícito repudiar por cualquier motivo la propia mujer?"... ¡Ay de aquellos que semejan á los fariseos preguntan solo por sorprender, y oyen la palabra

de Dios solo por criticarla y desacreditar al que la anuncia!

Segundo. *Pregunta de Jesucristo.* "Mas él respondiendo les dijo: ¿Qué os manda Moisés? Ellos dijeron: Moisés permitió escribir el libro del repudio y dejarla." Y Jesús respondió y les dijo: Por la dureza de vuestro corazón os dejó escrito este precepto..." Citaban los fariseos este paso como si solamente hubieran leído en Moisés esto... A su ejemplo los herejes tienen aun siempre á mano uno ó dos pasos solamente de la Escritura ó de algun santo padre que continuamente van citando, como si ninguna otra cosa hubiesen leído en la Escritura ó en aquel santo padre, y como si nada mas se encontrase en otra infinidad de textos y de pasos que explican esto y lo hacen ver concorde con el dogma católico.

Tercero. *Primera institucion del matrimonio.* Continuando el Salvador á darles respuesta, dijo: "¿No habeis leído que el que al principio hizo al hombre, lo hizo macho y hembra? Y dijo: por esto dejará el hombre al padre y la madre y estará unido con su mujer, y serán dos en una carne: no separe por tanto el hombre lo que Dios ha juntado..." Esto es, estos divorcios que para vosotros están tolerados, no se hacen al principio del mundo; la indisolubilidad es de primera institucion del matrimonio. ¿Por qué, pues, no observais vosotros lo que han observado vuestros padres? ¿Dios para haceros conocer su voluntad sobre las leyes del matrimonio, no dijo al primer hombre estas notables palabras? que demuestran necesariamente la union de un hombre solo con una sola mujer?... Dejará el hombre el padre y la madre y estará unido con su mujer, y los dos serán una misma carne..." Ahora siendo así, ¿es lícito separar lo que Dios ha juntado para toda su vida? ¿qué expresiones podian indicarnos mas vivamente la union que debe haber entre los esposos?... La union de Jesucristo con la Iglesia debe ser el modelo. Ahora, este Dios Salvador debe estar con esta casta esposa hasta el fin de los siglos, no obstante las persecuciones que ella debe sufrir y no obstante los defectos y pecados de sus hijos. No es lícito al hombre separar lo que Dios ha juntado; hasta los deseos, los pensamientos y los afectos pecaminosos son del todo opuestos á la institucion divina; habrán de dar cuenta á su Criador el hombre y la mujer, y Dios ofendido, desde esta vida les hará sentir que ninguna cosa hay mas horrible que una compañía que ya no se sostiene ni está animada de un amor recíproco, ni hecha sobre el modelo de Jesucristo y de su Iglesia, cuando esta está siempre y ha sido por su naturaleza íntima é indisoluble. De hecho, ¿qué cosa mas monstruosa que ver desunidos los corazones de dos personas

1 Dent., c. XXIV, v. 1.

2 Genes., c. II, v. 24.

que ya no hacen más que una sola y son una sola carne? Qué espectáculo ver un cuerpo animado de dos almas, que son entre sí contrarias en todos sus movimientos y en todas sus inclinaciones! ¡Ay, pues, de aquellos padres que en el colocar sus hijos y sus hijas no atienden á la uniformidad de costumbres entre los que unen para vivir juntos toda su vida! ¡Ay de aquellos que contraen matrimonio únicamente con miras profanas, y muchas veces malvadas ó poco cristianas! Pero ¡ah! por un justo juicio permitis, ¡oh Dios mío! frecuentemente que vengan á romperse por las pasiones aquellos vínculos que ellas mismas han formado!

PUNTO II.

LOS FARISEOS REPLICAN Á JESUCRISTO, Y JESUCRISTO LES EXPLICA SU PRIMERA RESPUESTA.

Primero. *Instancia de los fariseos.* Los fariseos, no teniendo qué oponer á la institución de Dios, tan bien expresada en Moisés, ni á la consecuencia que Jesucristo había sacado de ella, replicaron, volvieron á citar el paso mismo que ya habían citado, aunque Jesucristo les había respondido.... “Pues por qué, dijeron ellos, Moisés ordenó el dar el libelo de repudio y separarse?...” También los impíos y los herejes sacan continuamente al campo las mismas objeciones y oponen siempre los mismos pasos, aunque ya mil veces se haya respondido; pero la caridad no debe jamás cansarse de reproducir las mismas pruebas y de dar las mismas respuestas á las dificultades que la obstinación no se cansa de repetir.

Segundo. *Respuesta de Jesucristo.* El divino Salvador les renueva la respuesta ya dada una vez.... “Les dijo: por la dureza de vuestro corazón, os permití Moisés repudiar vuestras mujeres; pero al principio no fué así....” Esto es: vosotros os engañais; no es este un precepto, una ley de Moisés, sino una simple tolerancia por su parte para evitar un mayor mal, mayores excesos de que os conocía capaces, porque veía la dureza de vuestros corazones. No os ha mandado ya repudiar vuestras mujeres; su precepto no cae sobre la causa del divorcio, que solamente tolera, sino sobre la causa del divorcio que debe darse á la mujer por escrito al despedirla. Por lo demás, no era así antiguamente.... Jesucristo abroga la permisión que Moisés había dado á los judíos de repudiar sus mujeres; pero sin condenar la condescendencia del santo legislador.... Empleámonos con nuestros discursos y con nuestros ejemplos á hacer revivir el fervor de los primeros fieles y á hacer observar la ley evangélica en toda su perfección; pero no condenemos los justos temperamentos que los pastores de la Igle-

sia han creído deber poner en ciertos tiempos á la antigua disciplina, por el bien y utilidad de la misma Iglesia. No murmuremos de esta tierra y fiel esposa por los abusos que ya solamente tolerando, para evitar mayores males y de que ella misma gime. Se engaña quien pretende autorizarse sobre estos abusos y mirarlos como acciones permitidas y que pueden imitarse; es necesario recurrir al principio, á la primera institución y á las reglas primitivas establecidas por Dios, contra las cuales no puede darse prescripción.

Tercero. *Decisión y ley de Jesucristo.* Entonces sin temer nada la presencia de los fariseos y revistiéndose delante de ellos de la autoridad de Maestro y en tono de legislador, añadió: “pero yo os digo, que cualquiera que repudiare á su mujer sino por la causa de fornicación, y tomare otra, comete adulterio, y el que se desposara con la repudiada, comete adulterio....” Esta cláusula “sino por causa de fornicación....” es una excepción de la prohibición de volver á enviar á su casa la propia mujer, la cual prohibición se entiende y debe entenderse aquí; pero no es una excepción de la prohibición de desposarse con otra, porque el matrimonio no pudiendo ser indisoluble si no lo es de las dos partes; si es verdad que el que se desposa con la mujer adúltera repudiada, es adúltero, el marido que la ha repudiado será igualmente y por consecuencia necesaria adúltero si se desposa con otra, porque con este segundo matrimonio separaría igualmente lo que Dios ha juntado. Este es el sentido natural de las palabras de Jesucristo, y la Iglesia ha condenado como herejes á los que han querido darles otro, concediendo al marido que ha repudiado su mujer adúltera, la facultad de desposarse con otra viviendo la primera.... Esta ley se observa exactamente en la Iglesia católica y debe hacernos comprender qué atención y qué pureza de corazón se debe llevar en la elección que se hace de un esposo ó de una esposa; cuán necesario sea consultar al Señor, pedido y obtener su bendición, y finalmente, cuán importante sea guardarnos en esta elección de toda pasión, de todo pecado, de toda mira de ambición y de interés.

PUNTO III.

LOS APÓSTOLES PREGUNTAN Á JESUCRISTO Y JESUCRISTO RESPONDE Á SU PREGUNTA.

Primero. *Reflexión de los apóstoles sobre la indisolubilidad del matrimonio.* “Y le preguntaron en casa de nuevo los apóstoles sobre la misma cosa. Y les dijo: cualquiera que repudiare á su mujer y tomare otra, comete adulterio contra ella. Y si la mujer repudiare á su marido y se casare con otro, comete adulterio....”

Le dijeron sus discípulos: “si tal es la condición del hombre en orden á la mujer, no conviene casarse....” El estado del matrimonio, sin duda, no es el mas ventajoso, el mas tranquilo, el mas santo ni el mas perfecto; pero el que es llamado de Dios á él, el que en él se empeña, después de haberlo consultado y de haberle pedido los socorros necesarios, y se llega á este sacramento con pureza de corazón y con aquella rectitud de intención que pide, puede santificarse en él y adquirir tambien una grande santidad si con paciencia tolera las penas y con fidelidad cumple sus obligaciones. Mas el que huye del matrimonio ó difiere empeñarse en él por motivos puramente humanos, por evitar las cruces que son inseparables de él, por gozar una libertad viciosa y por abandonarse á las propias pasiones, á sus gustos y á sus caprichos, falta á lo que debe á la Iglesia y al Estado y lleva una vida igualmente reprobada de Dios y de los hombres.

Segundo. *Respuesta de Jesús sobre el celibato.* “Y él les dijo: no todos entienden esta palabra, sino aquellos á quienes ha sido concedido....” Renunciar el matrimonio por vivir casto en el celibato y por servir á Dios con mayor pureza, es una resolución de que no todos son capaces. La vocación á un estado, tan santo es un don de Dios que no se concede á todos. Aquellos, pues, que no le han recibido, deben guardarse bien de abrazar temerariamente un tan sublime género de vida y de empeñarse en él por miras y respetos humanos, ó por el reposo, por el interés ó por la ambición. Los que han recibido, pues, este don y se sienten llamados á este estado, deben guardarse bien de dejarse quitar un don tan precioso por las pasiones que nacen de los hábitos viciosos, por el gusto y por el comercio del mundo y por la esperanza de sus falsos bienes. Finalmente, los que han recibido este don y se han empeñado ya, deben conservarlo con suma diligencia, por medio de la oración, del recogimiento del fervor de espíritu, del retiro del mundo y de las ocasiones. Hagamos sobre todo estas sólidas reflexiones y veamos si tenemos algunas cosas de que repriméndonos.

Tercero. *Motivos de mantenernos en la pureza del celibato.* “Añadió el Salvador: porque hay de los eunucos, que así han salido del seno de la madre y hay de los eunucos que tales han sido hechos por los hombres, y hay de aquellos que se han hecho eunucos por sí mismos (renunciando al matrimonio) por amor del reino de los cielos....” Los que son llamados de Dios á la castidad del celibato, deben animarse con las consideraciones que pone aquí el Salvador delante de los ojos. ¿Cuántos hay que se ven forzados de la naturaleza, de la fortuna, de coyunturas inevitables á vivir en el celibato? ¿Cuántos por orden de sus propios padres han sido reducidos al estado de eunucos naturales, en tiem-

pos y en países en que este estado es útil, ó para ocupar empleos ó para ejercitar profesiones lucrosas? Pero sobre todo, ¿cuántos hay que por una mas noble ambición y por un interés verdaderamente sólido, se han dado tan indisolublemente á un estado que ya no tiene facultad de dejar el celibato por el matrimonio?... ¡Oh almas sublimes! no es un interés temporal el que os mueve á tomar una resolución tan generosa, sino el amor del reino de los cielos, para gustar mejor ya desde esta vida, mediante la pureza del cuerpo y del corazón y mediante la oración y la meditación, y para poderlo gozar con mayor gloria en la otra.

Concluye el Salvador esta divina enseñanza con estas palabras, que ya otras veces había usado después de haber anunciado cualquiera grado de verdad.... “El que puede entender que hacienda....” Estas palabras nos llevan á hacer una sólida reflexión, esto es, que hoy en día en el cristianismo, sola la Iglesia católica ha conservado la inteligencia y la práctica de esta importante máxima. En cualquiera secta herética ó cismática, separada abiertamente de la Iglesia romana, no se halla ya alguno que por amor del reino de los cielos se obligue en el celibato á una virginidad y á una castidad perpetua; ninguno se halla que exhorto, que anime á este estado de perfección, que el Salvador ha establecido en su Iglesia, y que san Pablo encomienda con tanto ardor y de que nos han dejado el ejemplo muchísimos santos y santas.... La pretendida reforma, al contrario, se ha hecho gloria de abolir tan santos vínculos declarándolos supersticiosos, y se han hallado algunos cristianos que se han dejado inducir á creerlo y á quienes no ha causado horror una tal blasfemia.... ¡Oh santa Iglesia, verdadera esposa de Jesucristo, vos sola habeis comprendido las palabras de vuestro divino Esposo, vos sola le presentais millones de vírgenes que han vivido en la tierra la vida de los ángeles; vos sola excluís de los santos altares aquellos que no se han consagrado á una entera y eterna pureza de cuerpo; vos sola sois digna del celestial esposo, de este esposo siempre virgen, nacido de una Virgen y rey de las vírgenes! Bienaventurado el que lo sigue consagrándose á una castidad perpetua! bienaventurados aquellos que con su gracia han sabido triunfar de los poderosos atractivos del placer. Estas almas puras y generosas, estarán mas cercanas al Cordero y formaran su corte.

PETICIÓN Y COLOQUIO.

Concededme, ¡oh Señor! las gracias proporcionadas á las necesidades del estado á que me habeis llamado.... Vos me habeis adquirido con vuestra sangre; haceme fiel á vuestras enseñanzas, dadme aquella rectitud y aquella pureza de corazón que es tan resplandeciente; por medio de

ella ninguna cosa haré de cuanto hasta ahora he tolerado solo para ser mas severamente castigado en vuestro tribunal, y para que esté eternamente con vos en el cielo, haced que sea plena y perfectamente vuestro sobre la tierra. Amen.

MEDITACION CXXII.

LOS FARISEOS PREGUNTAN A JESUCRISTO CUANDO DEBE VENIR EL REINO DE DIOS.

San Lucas, cap. XVII, v. 20, 21.

“Preguntado después por los fariseos, cuando vendrá el reino de Dios? Les respondió y dijo: El reino de Dios no vendrá con aparato. Ni dirán he lo aquí ó he lo allí; porque he aquí que el reino de Dios está dentro de vosotros...” “Los fariseos que oían á Jesucristo y que habían oído á su precursor hablar continuamente del reino de Dios, anunciar á los pueblos que se acercaba, que venía y que había ya venido, le preguntaron en este momento por burla y con una especie de insulto: ¿Cuándo, pues, viene el reino de Dios? Por el reino de Dios, los judíos entendían la venida del Mesías, las victorias que conseguiría de sus enemigos y la venganza que tomaría de aquellos que habían oprimido su pueblo. Se figuraban que bajo de este rey vivirían en paz, con gloria y en la abundancia, y que todas las naciones estarían sujetas y les serían tributarias. Jesús respondió á su pregunta con tres palabras llenas de una sabiduría divina y que nosotros debemos meditar y aplicarnoslas.”

PUNTO I.

PRIMERA PALABRA DE JESUCRISTO Á LOS FARISEOS.

“El reino de Dios no viene con aparato...” Esto es: Primero. El reino de Dios no viene con aquellas brillantes señales de una grandeza mundana que deslumbran los ojos de los hombres y les hacen adorar la majestad del trono... No; el reino del Mesías que debe conducirnos á Dios, no es el reino del orgullo y del fausto, sino el reino de la santidad y de la virtud; reino de los corazones despegados de la tierra y que suspiran solamente por los bienes del cielo. Reino lleno de grandeza, pero de una grandeza celestial, sólida y digna de Dios.... Este es el reino bajo el que vivimos, triunfamos, gozamos la paz, la gloria, la abundancia y los bienes espirituales que nos presenta.

Segundo. El reino de Dios no viene de modo

alguno anunciado con señales en el cielo, ni con fenómenos en el aire que se puedan observar.... No se conoce la venida del Mesías y el establecimiento de su reino con observar los movimientos del cielo, el curso de las estrellas y las leyes de la naturaleza. El establecimiento del reino de Dios no se puede prever como se preveñ el buen tiempo y las lluvias, con observar los vientos y la situación de las nubes.... Observaciones frívolas, ciencias fúnebras si nos hacen olvidar la ciencia de la salud, y si nos hacen perder de vista al autor de la naturaleza, sus designios y sus caminos para nuestra santificación, y eterna felicidad. ¡Ah! ¿qué sirve saber todo lo restante si no se sabe y si no se practica la religión? Lo que los fariseos habrían debido observar con rectitud de corazón y que solo observaban con malignidad, era la vida santa de Jesucristo, sus milagros y el imperio absoluto que ejercitaba sobre los demonios; por estos caracteres habrían fácilmente conocido que el reino de Dios había ya venido.... Estudiar á Jesucristo, la naturaleza de su reino, la manera con que lo hace subsistir sobre la tierra, lo que se debe hacer para entrar en él, para vivir en él y gustar de sus divinas delicias; esta es la ocupación sólida y la verdadera ciencia y sabiduría del hombre; sin esto, todo lo demás no es otra cosa que necesidad.

Tercero. El reino de Dios no se recibe y ninguno puede disponerse á recibirlo y á entrar en él por medio de observaciones externas, superfluas ó hipócritas, sino por medio de virtudes sólidas que hacen el espíritu de la ley, por la humildad de corazón, por la docilidad y por la sumisión del espíritu, por la pureza de las costumbres, por la rectitud de intención y por el amor de Dios y del prójimo. El que tiene esta virtud no tiene dificultad en reconocer el reino del Mesías y la Iglesia que él ha fundado; en ella entra, en ella vive, gusta sus frutos, espera las recompensas. Fuera de este reino se encuentran solo falsas virtudes, y el que tiene solo el exterior de la virtud no vive, para hablar propiamente, bajo de este reino. ¡Y con todo eso, entre nosotros cuántos aparatos exteriores sin lo interno, cuántas superficies sin profundidad y cuántas apariencias sin realidad! Examinémoslos aquí y no nos engañemos.

PUNTO II.

SEGUNDA PALABRA DE JESUCRISTO Á LOS FARISEOS.

“Ni se dirá he lo aquí, ó he lo allí...” El que dijese esto experimentaría estar engañado él mismo, y querer engañar á otros.

Primero. No se podrá decir esto con verdad de la persona del Mesías, porque cuando vendrá su

reino establecido con aparato de magnificencia y hará sentir á sus enemigos los primeros golpes de su venganza con la ruina de su ciudad y de su templo y con la dispersion de su nación, ya no estará el mismo sobre la tierra en una manera visible; habrá subido al cielo, estará sentado á la diestra de su Padre, y ya no se dejará ver mas á los hombres en general, ni á pueblo alguno en particular, sino cuando vendrá á juzgarlos todos y derramar sobre sus enemigos los vasos de su furor y de su justicia. Reinará entre tanto sobre la tierra con su presencia invisible y sacramental, con sus leyes y con su espíritu.

Segundo. No se podrá hablar así de su reino invisible que obra la gracia. El reino de Dios que debe establecer el Mesías, cuanto á su parte esencial y final, no consiste en cosa alguna externa que pueda mostrarse y de que se pueda decir: He lo aquí, ó he lo allí.... Este reino es todo interior, él está en el alma del justo, en que Dios establece su trono y donde reina; consiste en las virtudes infusas de la fe, de la esperanza, de la caridad, en la obediencia á las leyes y á las máximas de este reino, en la unión con Dios, que obra en nosotros el espíritu del Padre y del Hijo.... ¿Está en nosotros este reino? ¿vivimos nosotros bajo este divino imperio? ¡Ah! empleémosnos con todas nuestras fuerzas para establecerlo siempre mas en nuestras almas con el ejercicio de todas las virtudes y con la huida de todos los vicios.

Tercero. No se podrá hablar así de su reino visible, que es la Iglesia. Estableciendo el Mesías el reino de Dios entre los hombres, este reino, bien que interno y en un sentido invisible, debía necesariamente, por otra parte, ser externo y visible por la profesión de la misma fe, por la recepción de los mismos sacramentos y por la obediencia á las mismas cabezas y pastores. Se esperaban los judíos que este reino fuese solamente para ellos, que ellos solos habían de gustar de sus delicias y que los otros pueblos sentirían solamente su peso y su autoridad; pero este reino adorable no debía ser limitado á algun país ni alguna nación de la tierra, y esto es lo que nosotros llamamos la catolicidad de la Iglesia, la Iglesia católica. Cada cisma, cada herejía, cada secta tiene su ángulo destinado y su propio pueblo; se puede decir de toda falsa religión: he lo aquí ó he lo allí; pero el reino de Dios, la Iglesia de Jesucristo es de todo país, de todos los pueblos; esta Iglesia está solo unida á la misión que Jesucristo ha recibido de Dios y que ha dado á sus apóstoles y á sus sucesores hasta la consumición de los siglos.... Si decimos que la Iglesia romana es el centro de la fe, no lo decimos ya por causa de Roma, ni de su situación, ni de sus fundadores ó habitantes, sino porque esta Iglesia tiene por cabeza el sucesor de san Pedro, cabeza de los apóstoles, de cualquier país ó de cualquier nación que sea. Luego la Iglesia

de Jesucristo, el reino de Dios, que es lo mismo, no se halla acá ni allá; ella se halla donde se halla la misión de Jesucristo, donde está la sucesión del apostolado unida al sucesor de san Pedro, donde está la obediencia á esta sucesión.... Obra verdaderamente divina y que vemos subsistir ya por mil ochocientos y mas años y que subsistirá hasta el fin de los siglos.... ¡Ah! vosotros que no estais en este reino, en esta Iglesia, procurad entrar cuanto antes, no lo dilateis; fuera de ella no hay salud. Pero nosotros que tenemos la dichosa suerte de estar en ella, demos gracias á Dios, no nos portemos como miembros corrompidos, muertos é inútiles, sino vivamos en ella de la vida de la gracia y aprovechémosnos de los grandes bienes que en abundancia nos ofrece este reino.

PUNTO III.

TERCERA PALABRA DE JESUCRISTO Á LOS FARISEOS.

“Porque he aquí que el reino de Dios está ya en medio de vosotros...”

Primero. El reino de Dios estaba en medio de ellos por la presencia del Mesías, el Hijo y el Cristo de Dios, el rey de Israel bajado del cielo, enviado por su Padre para establecer el reino de Dios; pero como les echaba en cara Juan Bautista, él estaba en medio de ellos y ellos no lo conocían, ó por mejor decir, no lo querían conocer; fingían buscarlo y lo perseguían. Jesús está aun en medio de nosotros en su Sacramento; pero lo reconocemos, lo adoramos, lo recibimos; ¿cómo cumplimos nosotros nuestras obligaciones para con él; ¿cómo correspondemos á su divino amor?

Segundo. El reino de Dios estaba en medio de ellos por la predicación del Evangelio, que era el actual establecimiento del reino de Dios. Entonces justamente se anunciaba y se predicaba, y muchos entraban en él por medio de una fe sincera. Lo sabían los fariseos, lo veían, murmuraban de ello, y se oponían, en vez de entrar en él y de seguir el ejemplo que se les daba.... De la misma manera está aun en medio de nosotros el reino de Dios. Es predicado, es anunciado y viene practicado. ¿Cuántas almas santas viven con toda la perfección del cristianismo y en una perfecta obediencia á las leyes divinas de este reino, gustan la paz y las dulzuras del reino de Dios y aspiran á sus eternas recompensas! Nosotros conocemos muchas de estas almas fieles, las vemos, vivimos con ellas y ellas viven con nosotros. Pero ¡ay de mí! espectadores ociosos del reino feliz que está en medio de nosotros y que es para nosotros, no experimentamos en nosotros algunos sentimientos de emulación. Bien lejos de imitar su fidelidad, su docilidad y su vir-